

ELOGIO FÚNEBRE

DE LA SEÑORA DOÑA FRANCISCA DE PAULA PÉREZ GÁLVEZ Y OBREGÓN,
PRONUNCIADO EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE GUANAJUATO
EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1868.



*In omni spatio vite ejus, non fuit qui
perturbaret Israel.*

Mientras ella vivió no hubo quien tur-
bara á Israel.—JUDITH, XVI. 30.

HÉ aquí el breve, pero elocuente elogio, que al
terminar su historia hace el Espíritu Santo de
la inmaculada Judit. Rica y poderosa, é ilustre
cuanto bella, la viuda de Manasés se entregó á la sole-
dad y al retiro, apenas bajó al sepulcro su esposo; y
abandonando los suntuosos trajes de otros días, pasaba
los meses vestida de cilicio y consagrada á la oración y
á la penitencia. Era muy estimada de todos porque te-
mía al Señor, y no había quien cebase en ella su mal-
diciente lengua.¹ Amenazado Israel de inminente ruina,

¹ Jud. VIII. 8.

ella sola no cedió al temor general, y dejando por un instante su aislamiento, no vaciló en exponerse á mil peligros por salvar á la nación Hebrea. Modesta en su señalado triunfo, tornó luego á la vida austera y retirada, y murió después de haber vivido largos años sobre la tierra, bendecida de todos y santa en la presencia de Dios y de los hombres. Luto universal causó su muerte entre el pueblo escogido; todos derramaron amargo llanto al ver apagarse tan preciosa existencia, y solemnes exequias se celebraron durante siete días para honrar la memoria de aquella que había sido tan respetada y querida de sus compatriotas, tan heroica y tan temida de los enemigos, que durante su vida no hubo quien turbara á Israel.

Al postrarnos ante esa tumba recién abierta; al pedir arrodillados al Padre de las misericordias que reciba en sus brazos á la ilustre matrona que la muerte acaba de arrebatarnos, nuestros llorosos ojos se vuelven instintivamente hacia esa multitud de pobres y desvalidos que, merced á ella, no sentían las penalidades de la inopia; se presentan á nuestra imaginación esas grandes y numerosas empresas, en que una inmensa muchedumbre de nuestros conciudadanos hallaba un remedio seguro á sus necesidades, y en que, al acrecer las riquezas de su benéfica Señora, sabía el operario que trabajaba también para sí propio, que contribuía al bienestar general, que los nuevos tesoros no quedarían encerrados en las arcas de su dueño, sino que tornarían á caer, cual suave rocío, sobre el pueblo con cuyos sudores se extraían de las entrañas de la tierra; repasa nuestra mente la historia de los últimos años que han trascurrido, y vemos siempre descollar á nuestra lamentada compatriota, co-

mo protectora de la Religión, apoyo y sostén de los sacerdotes y de las vírgenes del Señor, madre de los pobres, sócorro de los atribulados, y columna, aunque escondida no menos robusta, de la casa de Dios. Al lanzar entonces una mirada á nuestro oscuro porvenir, al fijar de nuevo nuestra vista en el sepulcro que encierra sus mortales despojos, no podemos menos que exclamar entre hondos suspiros: mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel.

En la Ley de Gracia no hay ante Dios judío ni gentil, bárbaro ni escita;¹ pero existe siempre una raza predilecta, un pueblo privilegiado, un Israel del Nuevo Testamento, que Jesucristo prefiere, y distingue y favorece. Esta raza escogida son los pobres y los atribulados; los que, ya por voluntad propia, ya por disposición de la Providencia, despojados de bienes terrenos y cargados de aflicciones sin número, se elevan más fácilmente á Dios, primer principio y último fin, y codician sobre todo su inestimable amor. Entre esta progenie de bendición resplandece con doble brillo, y bien puedo decirlo junto á este sepulcro, resplandece la tribu de Leví del Cristianismo, el sacerdocio católico, segregado del mundo y siempre en pugna con sus pompas; siempre vilipendiado y perseguido por los secuaces de Satanás. No abandona el Señor á su pueblo; y aunque á veces lo castigue por sus pecados, envía una tras otra á libertarlo y protegerlo, Pudencianas y Lucinas, Paulas y Marcelas, Franciscas Romanas y de Chantal, escogidas entre el sexo por esencia piadoso, y colmadas ellas mismas de bienes temporales, para que mejor acudan al socorro de

¹ Colos. III, 11.

sus predestinados. La voz del Señor ha resonado siempre por los labios de sus ministros en loor de estas santas matronas; el Sumo Sacerdote y los Israelitas todos bendijeron á Judit por sus virtudes y hazañas, y el gran Jerónimo no cesa de alabar la penitencia y justicia de las ínclitas viudas á quienes sirvió de guía en sus caritativas empresas: no hacemos en este día tristísimo sino seguir tan preclaras huellas, al tributar en presencia del Dios vivo y al pié de sus altares, el homenaje de gratitud y alabanza que tanto mereció por sus virtudes, á la Señora Doña FRANCISCA DE PAULA PÉREZ GÁLVEZ Y OBREGÓN.

¡Tenedlo entendido, mortales! No es la vanidad la que aquí nos congrega; no es al orgullo humano á quien venimos á rendir indigno tributo de sacrílega adulación; no es esta pompa fúnebre como las que la incredulidad moderna os ha acostumbrado á presenciar. La gratitud es la que aquí nos llama; la gratitud cristiana, la religión, la piedad. Preparaos á escuchar las severas lecciones que os da esa tumba, inclinad la frente ante su terrible majestad, y prestad oído á ese mudo lenguaje de que mi voz no será sino débil intérprete. Lejos de vosotros todo sentimiento que no corresponda á la imponente solemnidad con que la Madre Iglesia circunda el féretro de los que mueren en el Señor: cristianos, humillaos ante ese Dios que abate y ensalza, que da la muerte y la vida, que lleva á los infiernos y saca de ellos á su voluntad;¹ mortales, respetad el sepulcro á que quizá bajaréis dentro de breves instantes.

¡El sepulcro! Hé aquí el término inevitable de nues-

¹ I. Reg. II, 6.

tro viaje sobre la tierra. ¡El sepulcro! Hé aquí el principio de una nueva vida, feliz ó desgraciada, de eterna bienandanza ó de perdurables tormentos. ¡Feliz mil veces, dice la Escritura,¹ quien durante su carrera mortal ama la justicia y aborrece la iniquidad;² quien no engaña á su prójimo, ni ha dado su dinero á usura, ni recibe dones para oprimir al inocente! ¡Feliz aún más quien coloca con tiempo en lugar seguro las riquezas con que Dios lo ha agraciado, poniéndolas en manos del necesitado y del indigente! El Señor se las devolverá con ganancias en el día de la retribución.³ Detengámonos á meditar en estas verdades, recorriendo la historia de la ilustre difunta, y admirando en cada una de sus acciones la exactitud con que observó los divinos preceptos de la más estricta justicia; la generosidad con que practicó los consejos evangélicos de la más sublime caridad.

No extrañéis, Señores, el que en un suelo republicano y bajo una atmósfera en que se respira por todos lados igualdad democrática, hieran de repente vuestros oídos los olvidados nombres de nobleza y blasones, de riquezas heredadas, de ascendientes gloriosos. Todo es vanidad, todo es humo; esa pira funeraria lo pregona más alto que todos los filósofos, y el desengañado Salomón lo había proclamado con inspirado acento⁴ siglos antes que surgieran esas dinastías y esa aristocracia cuyo poder deslumbró á los hombres, cuya caída llenó al universo de estupor. Pero no es menos cierto que rique-

¹ Ps. XLIV.

² Ps. XIV.

³ Prov. XIX.

⁴ Eccl. I.

zas y honores son dones del Altísimo con que se sirve agraciar á algunos de sus predestinados, imponiéndoles en proporción mayores obligaciones,¹ y colocándolos sobre el áureo candelabro para que resplandezcan sobre las creaturas menos favorecidas.² El servirse de estas gracias singulares para fomentar el orgullo y ofender al autor de todos los bienes, es un crimen digno del más solemne vituperio; el aprovecharse de tan insignes privilegios para llevar á cabo los designios de la Providencia, para dar gloria á Dios y socorrer al indigente, para hacer que el Señor sea alabado y bendecido, y que su santo nombre se lleve hasta los confines de la tierra, ¡oh! esta nobleza no es vanidad de vanidades; estos blasones son dignos de ornar el templo del Santo de los Santos; estos son timbres que merecen elogiarse en el recinto mismo del santuario, y que todo cristiano debe admirar, sea cual fuere el país y la época en que viva.³

Era el año de 1568. La capital de la España presenciaba un espectáculo más admirable aún que las recientes victorias de Hernán Cortés. Un noble caballero burgalés se desceñía de repente la espada, y fundando un hospital con sus cuantiosos bienes, establecía una congregación religiosa para el servicio de los enfermos, poniéndose él mismo al frente de la caritativa legión que hasta hoy día conserva su nombre. Era Bernardino de Obregón. Dos siglos después, un heredero de tan ilustre apellido se veía inesperadamente elevado por la Providencia al rango de que las vicisitudes de la fortuna

¹ S. Greg. Magn. Hom. 9 in Matt.

² Matt. V.

³ Cf. Chrysost. Hom. 58 in Matt.

habían privado por largos años á sus modestos abuelos. Esa montaña que hoy encierra el monumento más grandioso de nuestra ciudad, se abría de súbito con imponente estrépito, y depositaba sus inmensos tesoros en manos del primer conde de Valenciana, el piadoso y benéfico Don Antonio de Obregón.

De Dios le vinieron tan inesperadas riquezas, y á Dios se apresuró á devolverlas el agradecido caballero. Testigos de su religiosa gratitud, todavía pregonan sus glorias los suntuosos templos por él erigidos, y los hospitales dotados por sus arcas; y bajo la máscara que hoy lo cubre, nos echa en cara nuestra indiferencia el espacioso convento que floreció para dicha nuestra merced á su largueza. De una hija del egregio varón, unida ante la Iglesia en santo matrimonio al coronel conde de Pérez Gálvez, nació en esta ciudad, siete años antes de espirar el siglo XVIII, la virtuosa mujer que hace treinta días tornaba al seno del Creador.¹

¡Cuán plácida y feliz se deslizó su primera infancia! La paz reinaba imperturbable en nuestro suelo; la agricultura florecía, y sobre todo nuestras minas riquísimas no cesaban de rendir inagotables tesoros. En cuna de oro se meció la tierna niña, y sus primeros pasos fueron sobre alfombras preciosas y entre adornos y joyas de inestimable valía. Pero estos pasos se dirigieron al templo, y sus primeras lecciones fueron en la piedad, en la munificencia, en la generosidad. Casi no había templo de nuestra ciudad, en que al arrodillarse ante la oculta majestad del Dios humanado, la inextinguible lámpara

¹ Nació en Guanajuato el 8 de Febrero de 1793, y falleció en México el 11 de Setiembre de 1868.

que ardía ante el Sacramento Eucarístico no le recordase á su ilustre abuela, cuyos tesoros alimentaban continuamente este símbolo de la vigilancia y adoración cristiana.¹ Cada día presenciaba, aunque todavía sin comprenderlo, los constantes ejemplos de generoso desprendimiento que, ya remitiendo deudas, ya erogando limosnas, ya abandonando las ganancias menores á otros menos ricos, le daban sin cesar sus esclarecidos padres. No os parezcan estos rasgos de leve importancia; ella se complacía en sus últimos años en repetirlos á menudo, comparándolos con la avaricia y ruindad que distinguen á nuestra sociedad actual, y se ve que dejaron en su alma una impresión profunda, y fueron la semilla de esa beneficencia sin límites y de esa caridad inagotable, cuyos opimos frutos hemos recogido.

No hay tesoro en la tierra que pueda compararse á una madre cristiana. ¡Dichosa la hija á quien concede el Señor un dón tan precioso; cuya madre está profundamente penetrada de que la maternidad, como dice el Crisóstomo,² no consiste en dar á luz el fruto de las entrañas, sino en educarlo con particular anhelo y cuidar de que crezca en virtudes al crecer en años, y que nunca pisen sus plantas el sendero de la iniquidad! Tal dicha cupo á la tierna heredera de los Pérez Gálvez: jamás la separó de su lado la piadosa mujer que le dió la existencia, y la apartó de los peligros y de los escollos que suelen hallarse al entrar en la juventud, conservándola casi siempre lejos de las ciudades. Esta educación engendró en el pecho de la niña ese amor filial y esa obe-

¹ Véase el testamento de la primera condesa de Valenciana.

² Chrysost. Serm. 1 de Ann.

diencia tan acendrada, que después la condujeron, risueña y contenta, hasta sacrificarse en las aras de la voluntad maternal.

No debía durar largos años esta era de tranquila felicidad. La discordia encendió su tea destructora, y la Muerte cubrió todo nuestro bello país con ese velo fúnebre que en más de medio siglo no hemos podido levantar. La guerra de independencia, con sus destrozos y sus horrores, sus matanzas y sus represalias, asoló nuestras ciudades y nuestras campiñas; y vosotros, Señores, podéis mejor que yo narrar la triste historia de esa larga lucha que segó tantas vidas preciosas y absorbió mil fortunas colosales. ¿Qué se hicieron tantos suntuosos edificios, cuyas ruinas nos demuestran hoy día su primitiva magnificencia? ¿Dónde fueron esos tesoros que yacían apiñados en cada habitación de nuestra opulenta ciudad? ¿Cómo se agotaron esos ricos veneros de oro y de plata con que por tantos años habían saciado nuestros montes la codicia del universo?

¡Ah, Señores! ¡Qué tristes recuerdos para los que fuisteis testigos de tan doloroso espectáculo! Muchos de vosotros vivíais ya en esa época luctuosa, y visteis los terribles estragos de la ira divina desencadenada sobre nuestros padres. Irritado el Señor por los pecados de un pueblo que tanto había favorecido, nos envió plaga sobre plaga, y todos, grandes y pequeños, pobres y ricos, nos doblegamos bajo el soplo de su justicia. Pero, como acaece en todas las tempestades, el rayo hirió de preferencia los árboles más altos y las torres más elevadas, y cayeron hechas pedazos las almenas de los alcázares condales de Valenciana y de Pérez Gálvez. La